

DIÁLOGOS MORALES

EN VERSO

PROPIOS PARA SER RECITADOS

EN LAS VELADAS RELIGIOSO-LITERARIAS

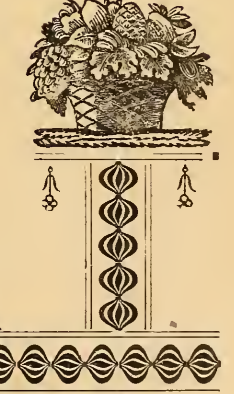
DE LOS COLEGIOS CATÓLICOS

ORIGINALES DEL

R. P. ANDRÉS CASADO Y FARRACES

Religioso de las Escuelas Pías.





VI

El secreto de Isabel.

(PARA NIÑAS)

14



MADRID—Imp. de la V. é H. de Gómez Fuentenebro

Bordadores, 10.



El secreto de Isabel.

CLOTILDE

Dime, Isabel; si el mundo es un destierro,
Un triste valle de dolor y llanto,
En que el hombre con pena
Arrastra de la vida la cadena,
Esa cadena que, sin ser de hierro,
Oprime tanto, tanto...,
¿Por qué, responde, sin medida gozas
De venturosa calma?
¿Por qué con pesadumbres no destrozas
La hermosa paz por que suspira el alma,
Y cruzas sin temor, sin amarguras,
Como las auras puras
Por el inculto erial, lleno de abrojos,
Este valle de lágrimas, tus ojos
Puestos sin duda en misteriosa palma?

¿Es que no estás formada
Del frágil barro, del maldito lodo
Que, manchándolo todo,
Nos arrastra del vicio por el cieno?
¿Es que el mortal veneno,
Que vertió la serpiente tentadora,
No corrompió en mal hora
Tu espíritu divino,
Haciéndote juguete del destino
Y esclava de la carne corruptora?
¿Es que la muerte cálida, importuna,
No te persigúe con tenaz empeño
Desde la blanda cuna
Hasta la tumba fría, donde en vano
Esperamos dormir eterno sueño?

Lejos aún de la penosa tarde
De mi existencia, con estoico alarde
Desdeño temeraria
Los escollos que encuentro en mi carrera;
No me rindo cobarde
A la desgracia fiera;
Sufro con calma del vivir los daños;
Contra la pasajera
Ilusión y los tristes desengaños,
Resignada y prudente me defiendo;
Y... ¡triste de mí! tu dicha no comprendo.
¿Qué fe bendita en tus entrañas arde?
¿Qué esperanza sublime te sustenta?
¿Quién calma tus dolores?

¿Quién te cubre de flores
La senda pedregosa de la vida?
¿Qué virtud escondida
Tu corazón en la batalla alienta?

¡Nada ambicionas! ¡Nada te atormenta!
¡Ni la riqueza, cuya sed abrasa;
Ni del placer el aguijón punzante;
Ni la hermosura, flor que en un instante
Se marchita, cual sombra de nublado
Que ante la vista fugitiva pasa!...
¿Quién contener en las murallas pudo
De la humana prudencia
La santa aspiración de honor, de gloria,
De ostentar un blasón, un noble escudo,
De ocupar una página en la historia?
¡Y eres feliz!... ¡Oh! Dime, ¿dónde, dónde
Ocultas el secreto
De tu dicha? Tu mágico amuleto
¿Dónde está? ¡Quiero ser feliz! Responde.

ISABEL

Calma, Clotilde, tu impaciente anhelo.
A la dulce esperanza
Abre tu corazón, que á ver no alcanza,
Porque, cual vil gusano
Se arrastra por el suelo,
El talismán, el blanco de mi dicha.
Mírale bien. *¡El Cristo del Consuelo!*
Ese mi dicha es, mi bienandanza.

Póstrate en su presencia;
Alaba sin cesar su santo nombre;
La humildad de su trono no te asombre;
Es el Dios de Israel, que el rayo enciende;
De cuya omnipotencia
La frágil vida de los mundos pende.
No es un reo vulgar, con duro clavo
Cosido á ese madero;
Es el Hijo de Dios, manso Cordero
Sacrificado por salvar al hombre,
A quien tornó de miserable esclavo,
De la gloria en legítimo heredero.
Derramando la sangre de sus venas,
Sangre de Dios, de mérito infinito,
Borró el primer delito,
Y rompió del infierno las cadenas.
Ese mi dicha es, y mi alegría.
Con su divina gracia me sostengo
De mi penosa vida en la jornada.
Con Él todo lo tengo;
Sin Él no tengo nada.
Si quieres ser feliz, en Él confía.

CLOTILDE

¿Es posible, Isabel? Creer no puedo
Lo que me dices. Cuanto más le miro,
Más de tu dicha singular me admiro.
A mí, te lo confieso ingenuamente,
Más que amor reverente,
Me inspira compasión, me causa miedo.

ISABEL

No tengas miedo, no. No es un tirano
Que te amenaza fiero.
No es un cruel negrero
Con el crujiente látigo en la mano,
Sepultando en su lóbrega sentina
A los tristes con dolo sorprendidos.
No le tengas piedad, que no es un reo;
Es víctima de amor, hostia divina;
No es un baldón su cruz, es un trofeo.

Sus brazos por piedad siempre extendidos;
Su mirada piadosa;
Su corazón para el perdón abierto,
La roja sangre de que está cubierto;
La sed bendita que al morir le acosa;
Su aspecto compasivo y suplicante;
El amor infinito que rebosa
Su celestial semblante,
Su muerte en esa cruz, por darte vida...
Con todo te convida
A que á las puertas de su dicha llames,
A que creas en Él, á que le ames.
Ése mi dicha es, y mi ventura.

¡Cuánto confío en Él! ¡Cuánto le amo!
A sus entrañas paternales llamo,
Y, lleno de bondad y de dulzura,
Responde á mi piadoso llamamiento

Con regalos sin cuento,
Con celestiales muestras de ternura.
Él derrama torrentes de luz pura
Sobre el malo y el bueno;
Él sustenta los montes y los mares,
Que con su voz de trueno
Y su acento salvaje
Le rinden humildosos
De eterna gratitud el homenaje;
Él cubre de verdura
El hondo valle y la feraz llanura
Que en los estivos meses
Al hombre brindan sus doradas mieses,
Y en la templada dulce primavera
Ostentan rico manto de esmeraldas;
Él adorna las faldas
De las erguidas lomas
De copudos naranjos y moreras,
Que al gusto ofrecen delicadas pomas,
Y pasto delicioso y abundante
Al díestro fabricante
Del capullo riquísimo de seda;
Él mueve el aura leda,
Que del pensil se acuesta entre las flores,
Y embalsama el ambiente
Con suäves olores
De fragancia divina;
Él hace descender de la colina
La cristalina fuente,
Que se torna primero en un torrente,

Y más tarde en un río,
Que al deponer su brío
Derrama complaciente
Con pródiga largueza
Infinitos tesoros de riqueza;
Y cuando mi alma su favor invoca,
Él me da fortaleza
Contra la carne vil que se desboca;
Él mis pasiones rige y encadena;
Él da pan á mi boca,
Templa mi sed, mi voluntad ordena;
Me da conformidad, me da paciencia
Para sufrir con religiosa calma
De la vida penosa los rigores,
Del cuerpo los dolores,
Y las penas del alma;
Él me inspira esperanza sin recelo
De ceñir la corona, de ir al cielo.

Por eso, aunque este mundo es un destierro,
Y un triste valle de dolor y llanto,
Arrastro sin quebranto
La pesada cadena
De la existencia, que sin ser de hierro,
Abruma tanto, tanto.
Y por eso, sin hondas amarguras,
Como las auras puras
Por el inculto erial, lleno de abrojos,
Atravieso la vida, con mis ojos
Puestos con santo anhelo

En mi *Cristo bendito del Consuelo,*
En quien cifro mi palma
Y amo de corazón, con toda mi alma.

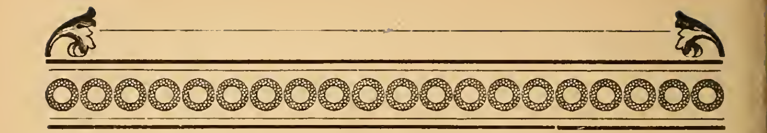
CLOTILDE

Basta, Isabel querída; basta, basta.
Ya comprendo tu dicha y tu alegría.
Gracias, amiga mía,
Pues la dicha posible aquí en el suelo
Consiste en imitar con santo anhelo
La divina paciencia
Del Cristo del Consuelo,
Que con muda elocuencia
Sufrid, nos dice, *y ganaréis el cielo;*
Sufriré resignada
De la vida penosa la jornada.
Yo quiero ser feliz...

ISABEL

Cual lo deseas,
Te lo conceda Dios. ¡Bendita seas!

———



COLECCIÓN DE DIÁLOGOS MORALES

1. La Ciencia y la Fe.
2. Las carreras.
3. La felicidad es Dios.
4. Un librepensador teórico.
5. Rosas y espinas.
6. El secreto de Isabel.
7. Sobre la educación de las señoritas.

PRECIOS

La colección completa.	*pesetas*	1,50
Los números 1, 2, 3 y 4 (para niños). . .	»	0.75
Los números 1, 5, 6 y 7 (para niñas). . .	»	0,75
Cada diálogo suelto.	»	0,25

Los pedidos se harán directamente al autor.

Colegio de Eecuelas Pías de San Fernando

MADRID

